



V.- INSTRUCCION

«Que las hermanas se dispongan a sufrir todo y hacer todos los esfuerzos para conservar entre ellas toda la perfección de esta santa virtud; que sepan además que la caridad no es un gusto natural que depende de uno mismo, sino un amor que nace de Dios por el cual se aman los unos a los otros con el amor con que Dios ama a los hombres y con el mismo fin que es su santidad en este mundo y la felicidad eterna en el otro».

He reservado el día de hoy para explicaros lo que es amar sobrenaturalmente y en Dios. Es también por ahí por donde voy a comenzar, pido a Nuestro Señor que bendiga mis palabras y me ayude a haceros comprender bien el espíritu de la Regla.

Amar en Dios y por Él, es amar por motivos más elevados, con una visión más alta.

Para haceros entrar mejor en el sentido de mis palabras, me dedicaré a haceros conocer cómo es necesario amar en Dios a las personas a las que uno ama naturalmente. Después de esto veréis que uno puede amar en Dios a los que por las cuales uno no siente más que repugnancia y alejamiento.

Primeramente, hijas mías, ¿por qué amamos a ciertas personas con un afecto más particular, más tierno? ¿Por qué uno quiere más a su padre, a su madre, a una hermana, a un bienhechor? Por un motivo de reconocimiento, por el cuidado que ellos nos han tenido desde nuestra infancia, del amor que nos han testimoniado. ¿Por qué aman a la Maestra de Novicias, a la superiora? Por el mismo motivo. Es una razón muy ponderosa, perfectamente legítima y conforme a la Ley de Dios.

Hay otros amores más o menos frívolos: por ejemplo, amáis a una persona a causa de las cualidades exteriores que posee. Es bonita, espiritual; su andar, sus maneras os gustan, tiene tacto, sabe conversar, presentarse, en una palabra: ella os agrada. Vuestros caracteres sintonizan, hay una cierta simpatía, porque al ser más seria que vosotras, os ofrece un apoyo, una ayuda en las dificultades, os gusta apoyaros en un alma fuerte, en virtudes sólidas; o llevadas por la ligereza, ella os atrae por su natural alegre, gracioso. O bien una persona ha sido siempre buena con vosotras y habéis encontrado en ella consuelo, os ha guiado con sus consejos. La amáis, esto es un motivo noble, el del agradecimiento. En fin, el “non plus ultra” del amor humano, es el amor que no conoce otra razón que esta: ¡la amo, porque ella es ella y porque yo soy yo!

Si pudiera ser como el amor de Dios que hacia gritar a san Bernardo: “Dios mío, te amo porque te amo, te amo por amar”.

Amor natural, grandemente imperfecto, poco cristiano, nada religioso en absoluto. Ved, hermanas; según lo que acabo de deciros, ¿cuáles son las razones de ese gusto natural que uno

siente hacia ciertas personas? Veamos cómo rectificarlas y hacerlas sobrenaturales y agradables a Dios.

Voy a comenzar por el amor que uno tiene a un padre, a una madre; supongamos que vuestra madre sea cristiana y que vuestro padre no tiene fe. Amáis a vuestra madre, no solamente porque ella os ha dado el ser, sino porque os ama, pero además también porque es querida de Dios, agradable a sus ojos, llamada a poseerlo eternamente. Amáis también a vuestro padre porque Dios lo ama, aunque de un amor diferente al de vuestra madre. Esperáis que Él permita un día iluminarlo, llamarlo a la fe, que lo llevará al conocimiento de sus verdades. Si le envía cruces, es para hacerle merecer ese tesoro inefable de la verdadera religión que Él prepara en su eterna misericordia. Entonces, si veis afligidos a aquellos que os son muy queridos, abrumados bajo la mano paternal de Dios, adorad y bendecid a aquél que no golpea más que para recompensar más abundantemente.

Amáis a una bienhechora, la que nunca os ha faltado en la necesidad, no solamente a causa de esto, sino porque es un alma de la que Dios se sirve como instrumento que debe conducirlos a Él, porque estaréis eternamente unidas a ella en la eternidad bienaventurada. Amáis a una joven que era vuestra amiga en el mundo, porque su alma es agradable a Dios. Desead serle útil y serviros de esa misma amistad para hacerle bien. ¡Oh! Si supierais que esa alma es preciosa a los ojos del Salvador. Si está en estado de gracia, ¡qué espectáculo, objeto de admiración de los Ángeles, el corazón donde Dios reina como Señor!

Creo que fue a santa Catalina de Génova a quien le fue dado ver un alma en estado de gracia, adornada con los dones del Espíritu Santo cuyo templo era. Comprendió entonces, y solamente entonces, cómo el Hijo de Dios había descendido del Cielo, cómo se había sacrificado en la Cruz, para devolverle ese estado de inocencia perdido por el pecado de nuestro primer padre. Creo que es ésta la misma santa a la que le fue también mostrada un alma en estado de pecado. Es imposible expresar lo que experimentó de horror, de tristeza al verlo, pero se sintió penetrada del más vivo deseo de sufrir todo para retirarla de ese estado y obtenerle la gracia santificante.

Si amáis a una niña con ternura, no os detengáis en la pobre criatura que tiene necesidad de tantos cuidados, incapaz de ayudarse a sí misma y por eso más digna de interés. Ved en ella una alma creada a imagen de Dios, donde él se dignará descansar un día. Penetrad hasta en su interior, hacedla digna de cumplir la misión que Dios le ha dado en la tierra. Os lo repito: id a la sustancia. El alma es la sustancia. Las cualidades exteriores y atractivas de una persona: belleza, gracia, espíritu, alegría, no son más que las manifestaciones.

Ved entonces como todos estos motivos, lejos de disminuir la caridad no hacen más que dilatarla y extenderla, hacen el amor más constante, porque la base es más sólida, más generosa, más fuerte. Ya sabéis que el Cantar de los Cantares dice: “El amor es fuerte como la muerte”¹

Nuestro Señor ha mandado amar como él amó. Así pues, ¿cómo ama él? Hasta dar su vida por los hombres. Es verdad que todos los días no podemos morir por nuestros hermanos, pero podemos morir a nosotras mismas, es decir a nuestra naturaleza, a nuestras tendencias, a nuestras repugnancias para amar a todos por Dios y en Dios, con el deseo de trabajar por su gloria, como lo hizo Jesucristo y como debe hacerlo un alma cristiana.

Lo que quiero añadir sin duda os extrañará, y sin embargo es verdad. Los animales aman naturalmente, tienen atracciones instintivas, distinguen enseguida la persona que los quiere de las que no los quieren. Las ventajas naturales a menudo tienen influencia sobre ellos, prefiriendo un rostro bello a otro desfigurado por cualquier enfermedad. Si cada vez que encontráis un gato le dais un puntapié o le gritáis, seguramente no le gustará vuestra conducta. Es verdad que hay cualidades más altas que cautivan el corazón del hombre: las facultades de la inteligencia, un espíritu cultivado, una conversación agradable, etc. Los animales son también capaces de agradecimiento, tenemos pruebas de ello todos los días.

Recuerdo haber cuidado una gata que estaba herida en una pata. Pues bien, este animal se apegó a mí de una manera increíble, reconocía mis pasos y no me dejaba, Y, sin embargo, el gato no es el animal que más se apega, el perro es modelo de fidelidad, ved como están siempre

dispuestos a morder a los que quieran atacar a su amo. Hasta los mismos pajaritos. Entráis en un cuarto, el pájaro que habéis domesticado está en su jaula, enseguida se pone alegre y bate las alas, es para demostrar que os quiere mucho. Revolotean alrededor de las personas que les agradan, hacen mil y una gracias, son caricias, gorjeos sin fin.

Hay otra ventaja de amar en Dios distinta a la ser un poco parecido a los animales. Puesto que, además de que las cualidades naturales cuentan poco para el amor que tenéis al prójimo, suprimid estas cualidades y el amor permanece. Si al contrario, amáis a una persona a causa de su belleza, cuando tenga una enfermedad que la desfigure, como la viruela, y su aspecto queda afeado, vuestro amor disminuirá. Si su espíritu es el vínculo que os une a ella, aunque se atonte, lo cual puede ocurrir con una pequeña perturbación cerebral, o se vuelve loca, nada os separará de ella.

No quiero decir con esto que el amor natural excluya toda generosidad, no, pero creedme, es necesario algo más que humano para imitar lo que hicieron las hijas de Luis XV, por ejemplo. Durante su enfermedad, cuando todos sus amigos y servidores lo abandonaron, sus hijas que eran almas santas se encerraron en sus habitaciones para cuidarlo y no se alejaron ni a causa del olor de su enfermedad, ni por ninguna otra circunstancia, ni consideración. Os cito esto porque lo leeremos esta noche. Pero tenemos, entre nosotras, ejemplos diarios de lo que la caridad de Cristo puede inspirar de generosidad. ¡Vean las Hermanas de la Caridad!

Para continuar con lo que os decía, amáis a una persona porque es bien educada, delicada, que no tiene más que palabras amables en los labios. Bien, pongamos que ella os contraría o que se le escapa una palabra un poco menos amable de lo que desearíais, ¿en qué se convierte vuestro amor? Sencillamente, la base queda destruida. Espero haberos hecho comprender que la caridad no domina el amor, sino que lo aumenta, lo dilata. No creáis que la tendencia a amar con ternura y en particular, sea malo, es un don de Dios, y Dios os recompensará si sirve, según sus puntos de vista, para ganarle almas.

San Francisco de Sales tenía una amistad particular para todo el mundo, causada por cada una de las cualidades que veía sea en sus penitentes o en los que él conocía. Estimaba poco las cualidades exteriores. Un día que le hablaban de los pendientes de una de sus penitentes dijo él: “No sabía que tenía orejas”. Hay miles de estos rasgos en el buen san Francisco de Sales. Así hay que practicar lo que prescribe la Regla: “Que haya entre vosotras un amor plenamente espiritual y no carnal”.

Pero ante todo amemos mucho a Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién puede tener más derecho a nuestro amor que Él? ¿No es Él vuestro padre, vuestra madre, vuestro hermano, vuestro esposo? Él os ha creado, os ha rescatado al precio de toda su sangre, os ha conducido a su casa. Habita bajo vuestro mismo techo y os prepara un trono a su lado. ¿Qué os pide por tantos beneficios? ¡Un poco de amor!

Se han escrito tantos tratados sobre ese tema que no me extenderé más, además vuestro corazón habla más fuerte que mis palabras. Me limitaré a recordaros lo que Dios mismo ha dicho: “Si vuestra madre os olvida, yo no os olvidaré jamás”¹ ¿Qué madre más tierna, qué padre más generoso, y para servirme de la expresión del Cantar de los Cantares, qué amante más apasionado que Nuestro Señor Jesucristo?

Amad pues con todo vuestro ser y, con san Francisco de Sales al que me gusta nombrar, decid que si hubiese una sola fibra de vuestro corazón que no fuera para él, lo retorceríais para arrancarlo. Por lo menos, si no tenemos la valentía de arrancar nuestro pobre corazón, recemos. Y Dios, que es caridad, pondrá en nuestro corazón el sello de sus elegidos, pues dice: “Os reconocerán que sois mis discípulos si os amáis unos a los otros”²

¹ Is. 49, 15

² Jn. 13, 45